

La Cataluña emergente

Secesionismo y dinámicas populistas europeas

XAVIER CASALS

Profesor de Historia, Universitat Ramon Llull¹



RESUMEN

El proceso secesionista iniciado en Cataluña en el 2015 es contemplado habitualmente como una pugna entre partidarios de la independencia y sus oponentes. Sin embargo, este proceso configura un fenómeno poliédrico en la medida que es fruto de una doble desafección política (hacia el Estado y hacia la propia clase política catalana) iniciada en el 2003 y que ha interactuado con el impacto de la crisis económica. Este estudio analiza su génesis y desarrollo y pretende demostrar que sus dinámicas políticas han convertido a Cataluña en el laboratorio político de España y han originado un poderoso populismo plebiscitario.

Palabras clave: Cataluña, desafección, laboratorio político, populismo, plebiscito, referéndum, secesión.

RESUM

El procés secessionista iniciat a Catalunya el 2015 és contemplat habitualment com una pugna entre partidaris de la independència i els seus oponents. No obstant això, aquest procés configura un fenomen polièdric en la mesura que és fruit d'una doble desafecció política (cap a l'Estat i cap a la pròpia classe política catalana) iniciada el 2003 i que ha interactuat amb l'impacte de la crisi econòmica. Aquest estudi analitza la seva gènesi i desenvolupament i pretén demostrar que les seves dinàmiques polítiques han convertit a Catalunya en el laboratori polític d'Espanya i han originat un poderós populisme plebiscitari.

Paraules claus: Catalunya, desafecció, laboratori polític, populisme, plebiscit, referèndum, secessió

¹ Xavier Casals es profesor de la Facultad de Comunicación y RRLL de la Universitat Ramon Llull. Autor de: *El oasis catalán, 1975-2010* (2010) y *El nuevo populismo en España, 1989-2013* (2013), así como coeditor con Joan Marcet de *Partidos y elecciones en la Cataluña del siglo XXI* (2012)

ABSTRACT

The secessionist process initiated in Catalonia in 2015 is commonly referred to as a struggle between independence supporters and opponents. However, this process sets up a multifaceted phenomenon to the extent that it stems from a double political disaffection (to the state and to the Catalan political class) began in 2003 and has interacted with the impact of the economic crisis. This study analyzes the genesis and development and aims to demonstrate that their political dynamics have turned Catalonia in Spain and political laboratory have created a powerful plebiscitary populism.

Keywords: Catalonia, disaffection, political laboratory, populism, plebiscite, referendum secession

Las elecciones autonómicas del 27 de septiembre del 2015 han configurado el Parlamento catalán más complejo desde 1980 y han reflejado la pujanza del secesionismo, que suma 72 escaños de un total de 135 y el 47.7% de los votos: casi dos millones de sufragios (1.957.348 exactamente). Este auge del independentismo ha sido súbito, pues su apoyo multitudinario se hizo visible por vez primera en la Diada o fiesta nacional de Cataluña del 11 de septiembre del 2012. Esa jornada tuvo lugar una gigantesca manifestación bajo el lema: "Cataluña, nuevo estado de Europa" que inició una dinámica de grandes movilizaciones en torno a dos elementos esenciales de la retórica populista: la sacralización del "pueblo" como depositario de la soberanía y la exaltación de un plebiscito para decidir si Cataluña debe ser un Estado como acto supremo de plasmación.

Pese a que análisis simplistas han mostrado esta evolución como un giro estratégico de la coalición *Convergència i Unió* liderada por Artur Mas (presidente catalán desde el 2010) para conservar el poder, las dinámicas que han abocado a la situación actual han sido complejas y, sobre todo, han emanado de abajo a arriba. De este modo, Mas se sumó a la oleada independentista que eclosionó el 2012, pero no la creó ni mucho menos la controla. Así las cosas, este ensayo pretende ofrecer claves para comprender como se incubó y alumbró este "tsunami secesionista" y analizar sus dinámicas relevantes. En este sentido, consideramos que la eclosión del separatismo se enmarca en un proceso que ha convertido a Cataluña en laboratorio político de España, al interactuar aquí la crisis económica con una doble desafección: hacia el Estado y hacia la propia clase política catalana.

Crisis económica y doble desafección

Desde nuestra óptica, el inicio del proceso que ha desembocado en la situación actual remite al año 2003 por dos razones. Por entonces comenzó a gestarse el nuevo Estatuto de autonomía, que tuvo una tortuosa historia y acabó engendrando desafección hacia el Estado en amplios sectores de la sociedad catalana. A la vez, en los comicios locales celebrados ese año irrumpieron dos formaciones nuevas: la islamófoba Plataforma per Catalunya [PxC] y la independentista y anticapitalista Candidatura d'Unitat Popular [CUP], que fueron el primer síntoma visible de desafección del electorado hacia los partidos tradicionales. Veamos ambas cuestiones con detalle.

El nuevo Estatuto fue promovido tras los comicios catalanes celebrados en el 2003, que pusieron fin al largo gobierno de CiU en la Generalitat liderado por Jordi Pujol. Como resultado de aquellas elecciones se constituyó un ejecutivo de coalición presidido por Pasqual Maragall y que unió al Partit dels Socialistes de Catalunya [PSC], Esquerra Republicana de Catalunya [ERC] e Iniciativa per Catalunya-Verds [ICV]. Este gobierno impulsó un nuevo Estatuto que se aprobó mediante referéndum en el año 2006, aunque se hizo en medio del desencanto: ERC pidió el voto negativo por las modificaciones que el texto conoció en las Cortes. La abstención sumó al 51% y se llevó el gobierno de Maragall a la tumba al convocarse nuevas elecciones ese mismo año en las que ya no repitió como candidato socialista. Esos comicios alumbraron un segundo ejecutivo tripartito presidido por el también socialista José Montilla, que gobernó hasta las elecciones autonómicas del 2010, en las que venció ampliamente Artur Mas al frente de CiU: obtuvo 62 escaños y el 38.4% de los votos.

A la vez, el Estatuto se topó con el rechazo de sectores amplios de la sociedad española liderados por un Partido Popular [PP] de actuación contradictoria. Por una parte impugnó ante el Tribunal Constitucional [TC] hasta 136 de los 223 artículos del texto estatutario aprobados por las Cortes. Por otra parte, impulsó la emulación del Estatuto catalán en otras comunidades autónomas. Así, mientras Mariano Rajoy recogía firmas contra el Estatuto catalán, círculos de su formación de Galicia y Valencia lo tomaron como un referente para elaborar nuevos estatutos autonómicos. ¿La causa? Según el expresidente balear Jaume Matas, el proceso catalán hizo que “los demás [líderes autonómicos] nos viéramos obligados, por razones de supervivencia [sic] y de intereses amenazados, a emprender nuestras reformas autonómicas”².

² Iglesias, P.A. y Güemes, M.J. (2008): p. 194

El resultado fue que el proceso estatutario catalán alumbró un anticatalanismo rampante en España, mientras en Cataluña suscitó una desafección creciente tanto hacia sus dirigentes políticos, como contra “Madrid”, convertida en símbolo de un Estado en el que sus demandas no hallaban encaje. Avivó este distanciamiento la larga negociación del sistema de financiación catalán entre el ejecutivo de Montilla y el de José Luis Rodríguez Zapatero, pues hasta el 2009 no se alcanzó un acuerdo. Finalmente, la hizo más profunda el rechazo que generó la tardía sentencia del TC a la impugnación del PP: el organismo tardó cuatro años en emitirla sometido a un fuego cruzado de presiones políticas y lo hizo el 28 de junio del 2010. La protesta contra el fallo de este organismo en Cataluña se plasmó en una gran manifestación celebrada en Barcelona el 10 de julio, que presidieron Montilla, Maragall y Pujol. Se abrió así una grieta emocional entre importantes sectores catalanes y el Estado que el paso del tiempo no hizo más que ensanchar.

En este marco, el estallido de la crisis económica provocada por la “burbuja inmobiliaria” tuvo un efecto devastador. El 2009 se cerró en Cataluña con 561.761 parados y un retroceso económico brutal, al hundir la última década de crecimiento de la industria, cuya producción ese año equivalía a la de 1999 y su nivel de empleo al de 15 años antes. El erario público conoció un déficit galopante y difícil de mantener, ya que al concluir el 2014 se situó en un 2.1% del PIB y el endeudamiento de la Generalitat se disparó, de modo que en septiembre del 2015 Cataluña era la comunidad autónoma con mayor deuda en cifras absolutas: 66.813 millones de euros. En este panorama, el debate sobre la inversión del Estado en infraestructuras catalanas y el déficit de las balanzas fiscales entre Cataluña y el Estado cobró protagonismo creciente en el debate público, aludiendo los sectores secesionistas a la existencia de un “expolio fiscal”.

De la “secesión ligera” a la independencia

Así las cosas, en enero del 2010 un barómetro del CEO (el Centre d'Estudis d'Opinió de la Generalitat) indicó que los políticos eran el segundo problema para los catalanes, después del paro, constatando que insatisfacción política y económica crecían a la par y dibujaban una “tormenta perfecta” en el horizonte.

Desde nuestra óptica, y salvando las distancias, la desafección política que se instaló entonces en Cataluña conformó un fenómeno que el ensayista italiano Paolo Rumiz bautizó como “secesión ligera” en su ensayo *La secessione leggera* (2001). Con esta expresión designó la protesta que en Italia encarnó la Liga Norte en los años noventa del siglo pasado. Liderada entonces por Umberto Bossi, esta formación abrazó un nacionalismo padano (en alusión al valle del Po) de nuevo

cuño alzado contra “Roma la ladrona” (como símbolo de una Italia corrupta e ineficiente) y un Mezzogiorno subvencionado. Incluso proclamó en 1996 una secesión simbólica del norte del país (la “Padania”). Rumiz describió así esta “secesión ligera”: “Levemente, de manera inadvertida, un hombre nuevo ha crecido en el *ethnos* italiano, y la secesión está, ante todo, en su cabeza: es un alejamiento mental de la política, del Estado, de la res publica, incluso hasta de aquel supremo bien común que se llama territorio”³. A la luz de esta experiencia, cabe pensar que Cataluña conoció desde el 2006 un proceso similar (un alejamiento mental del Estado español), aunque manifestado con discursos distintos y opuestos a la derecha populista xenófoba encarnada por el *leguismo*. Y fue este sentimiento difuso el que se afirmó como un independentismo explícito a partir de la citada manifestación del 11 de septiembre del 2012.

Entonces la independencia dejó de ser un fin o una meta a la que se accedía mediante un gradualismo reivindicativo, ya que con la crisis económica en apariencia devino una vía para mantener un Estado del bienestar sólido. El politólogo Joan Ridao, exdirigente de ERC, lo ha expresado gráficamente: “se ha extendido la conciencia de que, para los catalanes, ser español tiene un alto coste para su bienestar que ahora incluso se convierte en inasumible”⁴. En tal sentido, conviene destacar que en Cataluña, desde que el debate sobre la independencia empezó a copar la agenda política, se habla muy poco de esencias patrias y mucho de fiscalidad, infraestructuras, sanidad, educación y servicios.

El fin de la “vieja política”

De modo paralelo a esta desafección creciente hacia el Estado, los catalanes han desarrollado otra hacia su clase política que tampoco ha cesado de aumentar: en diciembre del 2010, en un nuevo barómetro del CEO un 84.6% de encuestados creía que la corrupción estaba muy extendida entre los partidos y un 53.8% declaró que preferiría no votar a formaciones implicadas en casos de ella (27.1%) o lo haría en blanco (26.7%). Este alejamiento del electorado se ha constatado en la erosión electoral constante de sus cinco grandes partidos (CiU, ERC, PSC, PP e ICV), como se aprecia en la tabla adjunta (de la que se han excluido los comicios legislativos por la distorsión que comporta el bipartidismo PP-PSOE en sus resultados).

³ Rumiz, P. (2001): p. 8

⁴ Ridao, J. (2012)

| EVOLUCIÓN DEL VOTO GLOBAL AL CONJUNTO DE PARTIDOS TRADICIONALES (CiU, PSC, PP, ERC, ICV) Y A OTRAS OPCIONES (2003-2015) | | | |
|---|-------------|---------------------------|---------------------------|
| Año | Elecciones | Voto a los 5 partidos (%) | Voto a otras opciones (%) |
| 2003 | Locales | 92.4 | 7.6 |
| 2003 | Autonómicas | 97.4 | 2.6 |
| 2004 | Europeas | 97 | 3 |
| 2006 | Autonómicas | 92.4 | 7.6 |
| 2007 | Locales | 87.7 | 12.3 |
| 2009 | Europeas | 91.7 | 8.3 |
| 2010 | Autonómicas | 83.3 | 16.7 |
| 2011 | Locales | 82.1 | 17.9 |
| 2012 | Autonómicas | 81.6 | 18.4 |
| 2014 | Europeas | 79.9 | 20.1 |
| 2015 | Locales | 74.2 | 25.8 |
| 2015 | Autonómicas | 63.2* | 36.8 |

(*) Incluye los votos a Junts pel Sí (CDC y ERC), PSC, PP y UDC.

Fuente: elaboración del autor.

El resultado de este proceso ha sido que Cataluña se ha convertido en el lugar de España donde antes han emergido nuevas formaciones. Como hemos visto, en los comicios locales del 2003 lo hicieron la PxC y la CUP; Ciutadans [C's] lo hizo en los autonómicos del 2006, la efímera Solidaritat Catalana per la Independència [SI], que en los del 2010 lideró Joan Laporta (expresidente del F. C. Barcelona). Finalmente, en los celebrados el pasado 27 de septiembre el sistema de partidos presentó una fisonomía radicalmente nueva: Convergència concurrió junto a ERC y separada de Unió bajo el rótulo Junts pel Sí [Juntos por el Sí]. A la

vez, ICV lo hizo coaligada no solo con su socio habitual, Esquerra Unida i Alternativa [EUiA, organización catalana de Izquierda Unida], sino también con Podemos y Equo bajo el rótulo Catalunya Sí que es Pot [Cataluña Sí se Puede, CSQP].

Llegados aquí, queremos subrayar que los nuevos partidos surgidos en Cataluña hasta el presente, pese a su diversidad, han compartido cuatro grandes rasgos. En primer lugar, articulan un discurso de registros populistas diversos, centrado en dos ejes: la protesta contra la política tradicional y el *establishment* y la afirmación identitaria (sea ésta catalana, española o "autóctona" ante la inmigración). En segundo lugar, pretenden constituir "partidos-movimiento", al menos en apariencia: ante el desprestigio de las formaciones tradicionales, las nuevas siglas se autodefinen como emanaciones de la sociedad civil que quieren restablecer una democracia "real", supuestamente secuestrada o desvirtuada por las primeras. En consecuencia, sus denominaciones substituyen la palabra partido por alusiones a apiñamientos cívicos ideológicamente transversales que tienden a remitir a valores ("ciudadanos", "plataforma", "solidaridad", "candidatura de unidad popular") o verbos en imperativo ("podemos", "ganemos", "construimos") y no a ideologías. En tercer lugar, otorgan a Internet un papel relevante o decisivo, pues la red permite articular rápidamente una organización con costes mínimos. En cuarto y último lugar, estos nuevos actores emergen en los ámbitos más próximos al ciudadano: consistorios y parlamentos autonómicos.

7

Por todo lo expuesto se puede afirmar que Cataluña el laboratorio político de España, ya que la actual expansión del populismo ha tenido su epicentro en Barcelona, que lo ha irradiado hacia el resto de España. Lo han testimoniado rótulos dispares que han aunado protesta antiestablishment y afirmación identitaria en la periferia territorial del Estado, como Foro Asturias Ciudadano, Compromís, Alternativa Galega de Esquerda o Bildu, mientras que sólo Unión Progreso y Democracia [UPyD] ha incidido en el centro hasta la irrupción de Podemos en las elecciones europeas celebradas en junio del 2014.

En este aspecto, la dualidad Madrid-Barcelona ha encarnado una dicotomía entre "vieja" y "nueva política". Paradójicamente, Ciutadans ha sido el partido que mejor lo ha representado, en la medida que a lo largo del siglo XX e inicios del XXI el catalanismo quería transformar el Estado. Habiéndose mutado en independentista el grueso de su espectro, ahora es una formación antinacionalista catalana la que abandera desde Barcelona una reforma del Estado.

Auge del populismo plebiscitario y de la insumisión civil

Esta doble desafección política catalana (hacia el Estado y hacia su propia clase política) también se plasmó en un populismo plebiscitario que ha tenido dos proyecciones: las llamadas consultas populares por la independencia y el movimiento de los indignados.

Las mencionadas consultas fueron referendos locales sobre la independencia sin validez legal que organizaron entidades cívicas. De este modo, bajo el lema "Catalunya decideix" ["Cataluña decide"] se realizaron plebiscitos en 554 municipios (de un total de 947) entre septiembre de 2009 y abril de 2011 con esta pregunta: "¿Está usted de acuerdo en que Cataluña sea un Estado de Derecho, independiente, democrático y social, integrado en la Unión Europea?". Los gestionó una apartidista Coordinadora Nacional per la consulta sobre la independència y participó en ellos casi el 19% del censo previsto: la nada despreciable cifra de 884.508 personas. Estos plebiscitos devinieron un gran ejercicio de democracia directa y escenificaron la doble desafección citada, pues se votó al margen de los partidos catalanes a la par que se manifestó el rechazo al Estado. En suma, fue una protesta al margen del sistema. Las votaciones, pese a carecer de valor jurídico alguno, tuvieron un doble impacto: instalaron la independencia en la agenda política catalana e internacional (dado su eco mediático) y extendieron un afán de democracia participativa que sintonizó con el cuestionamiento de la "vieja política" representada por los grandes partidos.

Estas consultas pusieron de manifiesto que la demanda de soberanía "nacional" catalana reclamada en la calle era paralela a una exigencia de devolución de soberanía al "pueblo". Se reflejó de esta forma que el lema "Cataluña decide" (enarbolado desde entonces por las entidades independentistas) tiene una doble lectura: no sólo "la nación" tiene derecho a decidir, como *ethnos* o comunidad nacional, sino que también lo tienen sus ciudadanos individuales, como *démos*. En estos plebiscitos, pues, no sólo expresó una demanda de cambio de relaciones entre Cataluña y España, sino también del juego político imperante.

Reafirmó este proceso la eclosión del movimiento de los indignados el 15 de mayo del 2011 en Barcelona, como en Madrid y otras urbes españolas (en el marco de una dinámica transnacional). En el caso de Cataluña marcó otro hito en relación a las expresiones populistas precedentes: si los nuevos partidos suponían una protesta dentro del sistema y los plebiscitos por la independencia fueron una protesta al margen del sistema, los indignados articularon una protesta contra el sistema. Por una parte, encarnaron el deseo de conformar una democracia horizontal y directa, sin mediar partidos ni líderes. Por otra, se autoerigieron en re-

presentación del “pueblo” ante las élites políticas y económicas, como mostró su lema “No nos representan”, así como el “asedio” en Barcelona del Parlamento catalán (15 de junio de 2011), seguido de una acampada ante la bolsa de Barcelona (17 de septiembre de ese mismo año).

Finalmente, otro elemento ha hecho singular la política catalana: un clima de insumisión civil creciente, fomentada no solo por entes civiles, sino amparada en ocasiones por la Generalitat (como demostró la campaña del ejecutivo en favor del distintivo “Cat” en la matrícula tapando la “E” en julio de 2011) o consistorios (especialmente con la supresión de la enseña española oficial). Tal tendencia ha reflejado el clima de protesta creciente de parte de la ciudadanía, cuya capacidad de autoorganización afloró en la protesta antipeaje de marzo del 2012: la inició un ciudadano, Josep Casadellà, que insertó un video en You Tube en el que se filmó negándose a abonar un peaje. Espontáneamente surgió con gran eco la campaña #novullpagar [#noquieropagar] a través de las redes sociales y fue seguida por miles de conductores, pese a amenazados con multas: las concesionarias pusieron 100.000 denuncias (que derivaron en 6.058 sanciones).

A tenor de lo expuesto, la demanda de referéndum sobre la independencia posee gran consistencia al conformar un anclaje entre una política institucional desprestigiada y una demanda de democracia plebiscitaria en la que anida un clima de insumisión civil. Por esta razón, la exigencia del plebiscito ha persistido, ya que articula un complicado y contradictorio ensamblaje de política parlamentaria y protesta antiestablishment que canaliza tanto la desafección ciudadana hacia el Estado, como las ansias de construir una democracia más participativa y directa.

Además, ha permitido a Convergència reinventarse como fuerza de gobierno (en Cataluña) y de protesta (contra el Estado), lo que ha sido un elemento clave en el desarrollo del proceso tendente a la secesión y en la redefinición o reinención del sistema político catalán.

Cataluña: mirando a Escocia, pareciéndose a Italia

Así las cosas, la irrupción del independentismo ha generado una italianización territorial que se sobrepone a las tendencias políticas mencionadas. ¿En qué sentido? Consideramos que el secesionismo catalán ha puesto de relieve un problema de vertebración territorial similar al que plasmó la irrupción de la Liga Norte en Italia en su época, ya que expresa la protesta del Norte ante la política fiscal del Estado y la eclosión de tensiones interterritoriales larvadas.

Ateniéndonos a lo expuesto, el independentismo catalán ha asumido formalmente la vía plebiscitaria del escocés y del quebequés, pero proyecta de hecho las mismas facetas de crisis del Estado que el politólogo Ilvo Diamanti constató en Italia al hacer eclosión la Liga Norte en *Il male del Nord* (1996): tensión entre sociedad, economía y política; entre Norte y Sur; y entre viejos partidos y formas nuevas de participación de masas.

Llegados aquí, y volviendo a la tesis inicial de este ensayo, podemos apreciar que los intentos de reducir la situación catalana a una pugna sobre la independencia asociada a un giro oportunista de Mas y CDC oscurece sus dinámicas profundas. Estamos ante una realidad poliédrica que ha marcado la política estatal hasta extremos insospechados, no solo porque abre las compuertas a una hipotética ruptura del Estado, sino también porque la quiebra del sistema político catalán ha anunciado en buena medida la del estatal, ya que el bipartidismo PP-PSOE declina al irrumpir Podemos y Ciudadans.

Hoy la desafección que impera en Cataluña hacia la política institucional iniciada hace más de una década es cada vez más visible en el resto de España, como demuestra la demoscopia: según un barómetro del Centro de Investigaciones Sociológicas [CIS] de julio del 2015, PSOE y PP sumarían el 53.1% del voto, cuando en las elecciones generales del 2011 cosecharon el 73.3% y en las del 2008 el 83.8%. Pero no sólo ha caído la valoración de la clase política, sino también la de la Justicia y la de la Corona. Esta última experimentó una caída en picado que comportó la abdicación de Juan Carlos I en el príncipe Felipe en junio del 2014. Según los barómetros del CIS, su valoración pasó del aprobado justo (5.3) en noviembre del 2010 al suspenso contundente: 4.8 en octubre del 2011, 3.6 en abril del 2013 y 3.7 en abril del 2014. Esta pérdida de confianza en las instituciones ha sido simultánea a la irrupción de tendencias populistas (que combinan insumisión civil y discursos antiestablishment), conflictividad interterritorial y controversia sobre la articulación del Estado entre diseños recentralizadores, federalistas y secesionistas. En última instancia, el independentismo catalán ha sido la manifestación más ostentosa de un descontento territorial, pero también del ocaso de la era juancarlista. Y anuncia que la democracia española se halla forzada a reinventarse, tanto en relación a la vertebración del Estado como en términos de representatividad institucional.

Las claves invisibles: subpolítica y *rottamazione*

En este panorama marcó un nuevo hito el "proceso participativo" celebrado el 9 de noviembre [9-N] del 2014, convocado por la Generalitat para pronunciarse sobre esta cuestión: "¿Quiere que Cataluña sea un Estado? En caso afirmativo, ¿quiere que este Estado sea independiente?" Votaron 2.305.290 personas y

1.861.753 lo hizo por la independencia, el 10% (232.182) por cambiar el estatus quo y el 4.5% (104.772) por mantenerlo. Como podían votar los mayores de 16 años residentes en Cataluña y los extranjeros no comunitarios empadronados, el censo ascendió a 6.228.531 personas y participó el 37% del total. El resultado demostró que el apoyo a la secesión no había crecido de modo substancial desde las elecciones autonómicas del 2012: entonces los independentistas sumaron 1.787.656 sufragios (el 33% del censo) y el 9-N cosecharon 1.861.753. La variación no era significativa porque el censo del 9-N se amplió, pero demostró que persistía el elevado apoyo del secesionismo en las urnas.

A la vez, la convocatoria puso de manifiesto la debilidad de la estrategia seguida por el gobierno central ante el avispero catalán, poniendo de manifiesto tres grandes errores del presidente Rajoy. El mayor fue abordar el problema en términos jurídicos y no políticos, sobre todo cuando las fuerzas del parlamento catalán deseosas de cambiar el estatus quo aglutinaban el 2012 un total de 127 escaños sobre 135 (el 79% del hemiciclo): 87 eran favorables a la consulta (CiU, ERC, ICV y CUP) y 20 a un Estado federal (PSC). En cambio, Rajoy optó por una judicialización del problema catalán en todos los frentes, lo que erosionó la imagen de independencia del poder judicial y también la del Tribunal Constitucional, a la par que benefició al secesionismo, que pudo denunciar su supuesta instrumentalización de este organismo por el ejecutivo. El segundo error de Rajoy fue el de no buscar acuerdos con otras fuerzas para afrontar esta situación, más allá de llamar a crear un frente antisecesionista en los comicios autonómicos del 2015. El tercero ha sido no emitir discursos que contrarresten a los del independentismo, más allá de exhibir una batería de amenazas.

Fue llamativo al respecto que Josep Ramón Bosch, presidente de la entidad anti-secesionista Societat Civil Catalana, pidiera sin éxito a Rajoy “buenos gestos” hacia los catalanes tras la consulta participativa (para “pasar página del 9-N lo antes posible y no judicializar la política en Cataluña”) y reclamara un combate en el ámbito de las ideas: “Si no se da la batalla ideológica contra el nacionalismo en Cataluña, la situación no hará más que agravarse”⁵. Tales palabras cayeron en saco roto y el 4 de septiembre del 2015, apenas 20 días antes de las elecciones catalanas, el politólogo Fernando Vallespín hizo esta atinada observación: “Nadie les ofrece [a los opuestos a la secesión] un argumentario digno de este nombre que les permita salir airosos de las cenas familiares o con los amigos.

⁵ “Bosch: ‘Los independentistas están muy lejos de ser mayoría en Cataluña’”, en: Societat Civil Catalana, 12 de Noviembre de 2012 - <https://societatcivilcatalana.cat/es/news/los-independentistas-estan-muy-lejos-de-ser-mayoria> ; consultable también en: *Crónica Global*, 12 de Noviembre, 2014 - 18:16 - <http://www.cronicaglobal.com/es/notices/2014/11/bosch-los-independentistas-estan-muy-lejos-de-ser-mayoria-en-cataluna-13088.php> [consultado el 5/12/2015]

Todo son referencias vagas a mantener el statu quo o un indefinido orden federal. Les falta una verdadera discusión sobre posibles terceras vías a la que poder adherirse”⁶.

En todo caso, el escenario político que se conformó entre el 9-N y las elecciones del 27-S del 2015 reflejó que los grandes motores de la política catalana continuaban siendo la demanda de democracia plebiscitaria (de ahí el gran apoyo que recibió la celebración de una consulta sobre la independencia) y la insurrección civil contra la *establishment*, fuera éste local, catalán o estatal. A la vez, evidenció que la agenda política ya no logran controlarla los partidos ni el gobierno, sino lo que el politólogo alemán Ulrich Beck ha denominado “subpolítica”. Con este concepto ha aludido a la política ejercida desde abajo por colectivos sociales, desde entidades a grupos diversos de expertos.

Esta importancia creciente de la subpolítica ha impulsado nuevos liderazgos civiles de gran proyección, como han ilustrado casos tan dispares como los del citado Joan Laporta, la activista Ada Colau, el magistrado Santiago Vidal, el economista Arcadi Oliveres, las monjas Teresa Forcades y Lucía Caram, o dirigentes de entidades cívicas como Carme Forcadell (Asamblea Nacional Catalana [ANC]) y Muriel Casals (Òmnium Cultural). La cristalización de estos liderazgos civiles discurrió de forma paralela a la eclosión de la “nueva política” (excepcuando la incursión de Laporta en el 2010 al frente de SI, ya citada), hasta que las elecciones locales de mayo del 2015 iniciaron su confluencia con la política institucional, siendo el caso de Ada Colau el más vistoso al convertirse en alcaldesa de Barcelona. Esta dinámica volvió a repetirse en los comicios del 27-S, pues Forcadell y Casals formaron parte de la lista Junts pel Sí, mientras la de candidatura CSQP (que -recordemos- aunaba a ICV-Euia, Podemos y Equo) la encabezó el hasta entonces presidente de la Federación de Asociaciones de Vecinos de Barcelona [FAVB], Lluís Franco Rabell.

El proceso secesionista catalán configura, pues, un fenómeno poliédrico, en la medida que es fruto de una doble desafección política (hacia el Estado y hacia la propia clase política catalana) combinada con el impacto de la crisis económica. Esta situación ha alumbrado unas poderosas tendencias populistas de insuñisión cívica que emanan de abajo a arriba, lo que las hace incontrolables. Hasta ahora se han traducido en un rampante populismo plebiscitario favorable a la secesión y en una *roñtamazione* acelerada de la política catalana. El presidente italiano Matteo Renzi emplea este último término (que alude al desguace de autos y electrodomésticos inservibles para aprovechar sus componentes) para des-

⁶ Vallespín, F. (2015)

cribir la situación política de su país. Pues bien, este mismo fenómeno se advirtió claramente en cuatro aspectos de los comicios del 27-S.

Nos referimos, en primer lugar, a la profunda renovación que experimentó el hemiciclo surgido de las urnas: todos los cabezas de lista fueron nuevos y 70 de los 135 diputados ocuparon un escaño por vez primera, aunque entre ellos constaban políticos bregados en otras cámaras, como Raül Romeva o Joan Coscubie-la. En todo caso, la renovación ha sido lo suficientemente contundente para que se halla aludido a un metafórico "ERE en el Parlamento"⁷. Incluso Unió, el socio de CDC, ha desaparecido del hemiciclo por primera vez desde 1980.

En segundo lugar, se disparó la presencia en las candidaturas de independientes sin carnet (incluso se debatió la posibilidad de elaborar una candidatura secesionista unitaria sin políticos). El resultado fue que -según el politólogo Juan Rodríguez Teruel- el actual parlamento acogería 13 diputados independientes (un 10% del total)⁸, aunque el diario *Ara* aumenta la cifra a 27 (20%). Sea cual fuera la cifra, se dibuja un escenario en el que las direcciones de los partidos perderán margen de maniobra y las votaciones pueden devenir imprevisibles en determinadas coyunturas.

En tercer lugar, los partidos tienden a redimensionarse con una clara tendencia a la baja. Si durante más de dos décadas la política catalana ha sido monopolizada por cinco fuerzas (CiU, PSC, ERC, ICV y PP), ahora este "pentapartido" ha dado paso un "heptapartido" al consolidarse C's y la CUP. A la vez, se dibuja una clara deriva hacia la fragmentación, dado que la coalición CSQP reúne cuatro diputados de Podemos. Además, ahora todas las formaciones son medianas o pequeñas: CDC es mayoritaria con 29 escaños, seguida de C's (25), ERC (20), PSC (16), PP (11), CUP (10), ICV-Euia (5) y Podemos (4). Estamos lejos, pues, del duopolio CiU-PSC con ERC como tercer actor en discordia, y el voto a formaciones tradicionales (Junts pel Sí, PSC y PP) ha sido un 63.2%. Más de un tercio de los electores, pues, han dejado de votarles. Podríamos resumir esta situación parafraseando el título del popular film de Joe Johnston: "Cariño, he encogido a los partidos"⁹.

En cuarto y último lugar, se advierte una transversalidad al alza. Esta última se visualiza una dura rivalidad interna en los bloques del "Sí" y del "No": entre C's y PP; entre CDC y ERC; entre ERC y CUP; y son difusas las fronteras de CSQP con estos dos grandes bloques. Y es que la polarización entre los partidarios y adver-

⁷ Sallés, Q. (2015) [Consultado el 5 de noviembre, 2015]

⁸ Rodríguez Teruel, J. (2015)

⁹ "Cariño, he encogido a los niños" ("Honey, I Shrunk the Kids", Joe Johnston, 1989)

sarios del secesionismo esconde fuertes dinámicas transversales (como ilustra el hecho que Romeva, un ex eurodiputado de ICV, haya liderado Junts pel Sí) capaces de cambiar resultados futuros.

Conclusión: una insurgencia populista

A modo de conclusión podemos afirmar que la Cataluña del 2015 ha sido el lugar de España donde con más intensidad se ha manifestado el nuevo “turno del pueblo”, en expresión difundida por el historiador Carlos Serrano¹⁰. Y es que aquí la exaltación del “derecho a decidir” ha sido acompañada por la irrupción de tendencias políticas que abanderan una democracia asamblearia, visibles en el movimiento de los indignados y formaciones asamblearias como la CUP y la organización catalana de Podemos. La política tradicional ha sido arrumbada ante el protagonismo que han cosechado entidades civiles que se autoconsideran genuinas representantes de la ciudadanía (como la Asamblea Nacional Catalana o Sociedad Civil Catalana), la colonización de los partidos por parte de “independientes” y las pulsiones reivindicativas de democracia directa.

Estas dinámicas se han hecho visibles en las sucesivas elecciones, primero no ya en torno al afán de configurar partidos que sean emanaciones de la sociedad civil y después sobre el grado en el que figuras de la sociedad civil deben reemplazar a políticos profesionales. Este poderoso vector se ha plasmado igualmente en las gigantescas manifestaciones de las diadas del 2013, 2014 y 2015, dotadas de un alto grado de auto-organización. Recordemos que la primera consistió en una cadena humana gigantesca que cruzó Cataluña de norte a sur y contó con una participación masiva (se barajaron cifras de 600.000 a 1.600.000 participantes). Este cordón humano constituyó una representación del “pueblo en movimiento” al margen de los partidos (pero con su apoyo); su participación era libre y no tenía líderes ni presidencia: uno de los coordinadores la describió como “una sardana simbólica”: un círculo. De este modo, volvió a plasmarse físicamente la auto-organización sin líderes en una manifestación que formaba un círculo imaginario. Las del 2013 y 2014 ocuparon dos grandes arterias barcelonesas: la Diagonal y la Meridiana, llevadas a cabo con un extraordinario grado de autodisciplina cívica y dotadas de gran eco internacional al recurrir a las redes sociales y a coreografías visibles desde el aire.

En definitiva, en el laboratorio catalán ganan protagonismo nuevas formas de hacer política caracterizadas por el afán de establecer una conexión más directa entre políticos y electores en términos materiales y simbólicos. Igualmente, demuestra que la “nueva política” se sitúa en una complicada encrucijada entre

¹⁰ Serrano, C. (2000): pp. 7-8

política institucional y sociedad civil marcada por un flujo de presiones que van de abajo a arriba. Conviven así de modo inestable el liderazgo caudillista, el “partido-movimiento cívico” y la “plaza electrónica” (la organización a través de las redes sociales como expresión de una democracia plebiscitaria). Todo ello comporta una demolición sin precedentes de la “vieja política”, cuyos resultados ahora empezamos a vislumbrar.

Al mismo tiempo, puede advertirse un claro rasgo diferencial de Cataluña respecto al resto de España: es el territorio más proclive y maduro para grandes movimientos de insumisión civil. En Cataluña, cada vez señorea más el fantasma del apóstol de la rebelión civil, Henry David Thoreau, ya que su estrategia de insumisión plasmada en *La desobediencia civil* (1849) la han adoptado, sin saberlo, miles de ciudadanos: “Declaro libremente mí guerra al Estado, a mi modo, aunque seguiré haciendo uso y obteniendo cuantas ventajas puedo de él, como es habitual en estos casos”¹¹.

Para concluir, queremos destacar que las tensiones descritas no son una especificidad catalana, sino un reflejo de las que actualmente se desarrollan entre el centro y la periferia de Europa occidental, entre su Norte industrial y su Sur deprimido. Y es que la situación geopolítica de Cataluña la convierte en una singular placa tectónica continental: es un Sur del Norte y un Norte del Sur; una urbe periférica de España y un punto neurálgico de la Europa mediterránea; es también la capital invisible de una *Greater Catalonia* formada por los distintos territorios de cultura catalana. Todo ello la somete a tensiones múltiples que la convierten en un rompeolas populista.

Referencias

Casals, Xavier (2010), *El oasis catalán (1975-2010): ¿Espejismo o realidad?*, Edhasa, Barcelona

Casals, Xavier (2013), *El pueblo contra el parlamento. El nuevo poulismo en España, 1989-2013*, Pasado & Presente, Barcelona

Castro, Carles (2011), *Retrato electoral de Catalunya*, Epísteme, Barcelona

Diamanti, Ilvo (1996), *Il male del Nord. Lega, localismo, secessione*, Donzelli Editore, Roma

¹¹ Thoreau, H.D. (1997): p. 299

Dowling, Andrew (2012), *La reconstrucció nacional de Catalunya 1939-2012*, Pasado & Presente, Barcelona

Iglesias, Pablo A; Güemes, María Jesús (2008), *Si yo fuera presidente. Mariano Rajoy: una oposición a la Moncloa*, Temas de hoy, Madrid

Juliana, Enric (2012), *Modesta España. Paisaje después de la austeridad*, RBA, Barcelona

Marcet, Joan; CASALS Xavier (eds.) (2012), *Partidos y elecciones en la Cataluña del siglo XXI*, Institut de Ciències Polítiques i Socials, Barcelona

Ridao, Joan (2012), *Podem ser independents? Els nous estats independents del segle XXI*, RBA, Barcelona

Rodríguez Teruel, Juan (2015), “Mas gana las elecciones y pierde el plebiscito”, en: El Periódico, 28 de septiembre de 2015 – 18:08 h. [consultable en red: <http://www.elperiodico.com/es/noticias/opinion/artur-mas-elecciones-catalanas-plebiscito-presidencia-4545277>]

Rumiz, Paolo (2001), *La secessione leggera. Dove nasce la rabbia del profondo Nord*, Feltrinelli, Milán

16

Sallés, Quico (2015), “ERO al Parlament”, *El Món*, 23 de Juliol de 2015 [consultable en red: http://www.mon.cat/cat/notices/2015/07/ero_al_parlament_111039.php]

Sánchez-Cuenca, Ignacio (2012), *La España de Zapatero. Años de cambios, años de crisis. Ocho años de gobiernos socialistas, 2004-2011*, La Catarata, Madrid

Serrano, Carlos (2000), *El turno del pueblo. Crisis nacional, movimientos populares y populismo en España (1890-1910)*, Península, Madrid

Thoreau, Henry David (1997), *Walden. Seguido de El deber de la desobediencia civil*, Parsifal Ediciones, Barcelona

Tugas, Roger (2014), *Escac al poder. L'auge de l'esquerra alternativa*, Deu i onze Edicions, Barcelona

Vallespín, Fernando (2015), “Los otros”, en: *El País*, 4 de Septiembre, 2015 [consultable en red]